

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO CUENTISTA:
LA HISTORIA DE DOÑA MARINA

SONIA ROSE DE FUGGLE
CRIAE, Sorbonne Nouvelle & Rijksuniversiteit Leiden

Sólo si consideramos operativa la división entre cuento literario y cuento folklórico-tradicional podemos afirmar, como se ha venido haciendo en la mayoría de las historias literarias, que el cuento hispanoamericano nace con «El Mata-dero» de Esteban Echeverría. En realidad, existe ya para esta fecha otra tradición cuentística de corte «tradicional», pero no por ello menos «literaria», y que consideramos debe ser estudiada independientemente de los cánones que el siglo XIX fijara para el cuento «moderno». Nos referimos a los «cuentos y ficciones» que se encuentran insertos en obras en prosa de mayor extensión, tales como la del Inca Garcilaso o la de Rodríguez Fraile. Aunque insertos en una narración mayor en la cual cumplen una función temática, retórica y estructural, pueden ser vistos por su estructura y su técnica narrativa como cuentos independientes.

En la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*¹ de Bernal Díaz del Castillo nos encontramos con muchos episodios de este tipo. Algunos, por su corta extensión y por ser narraciones simples y poco elaboradas de un incidente único, son más anécdotas que cuentos. Otros sin embargo, por la economía con que el autor maneja sus elementos y por la manera en que los utiliza estratégicamente dentro de la narración, dan muestras de la técnica propia del cuentista. En la presente ponencia analizaremos uno de estos relatos que conforma una unidad en sí mismo y tiene vida propia e independiente de la narración principal.

1. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1983. Edición a cargo de Joaquín Ramírez Cabañas. En la presente ponencia citamos sobre esta edición, colocando al final de cada cita número de capítulo en romanos y número de página en arábigos.

La historia de doña Marina no llega a ocupar dos carillas y se narra en el capítulo XXXVII. El personaje empero, irrumpe en la narración pocas páginas antes, cuando Bernal Díaz la hace salir del anonimato de un botín de guerra, caracterizando su natural calidad moral con un comentario auctorial² y anticipando su conversión y su protagonismo en la gesta a venir:

Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana... (XXXVI, 58).

Luego de esta caracterización inicial, comienza el cuento, ya anunciado en el título del capítulo («Como doña Marina era cacica, e hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fue traída a Tabasco») y que el autor cree inconveniente demorar más. El cuento se abre con una intrusión directa del autor-narrador que, dentro de su función de «registra»,³ nos anuncia la interrupción del hilo narrativo que ha venido siguiendo y el advenimiento de una digresión:

Antes que más meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fue gran señora y cacica de pueblos y vasallos; y es de esta manera:... (XXXVII, 61).

Tenemos pues así enunciado directamente por boca del autor-narrador el propósito de esta digresión, a saber, la narración de la historia de doña Marina, no por su interés intrínseco sino para demostrar que no fue ella una mujer más, sino una gran mujer: tanto por la nobleza de su nacimiento como por sus cualidades morales naturales.⁴

El tema del cuento es, pues, no sólo el señorío de doña Marina, sino también su grandeza espiritual. Son éstos dos aspectos separados: el ser señora de vasallos por una parte y el ser una mujer virtuosa por otra, y a esta separación responde la estructura bipartita del cuento. Sin embargo, para Bernal Díaz, ambos aspectos están intrínsecamente unidos: la grandeza espiritual y virtud de doña Marina proviene de su alta cuna y es esta calidad natural de su persona la que la hace terreno fértil para que crezca en ella la semilla del cristianismo. Esta su-

2. Traducimos así el «discours auctorial» que define Genette como «...ce terme qui indique à la fois la présence de l'auteur (réel ou fictif) et l'autorité souveraine de cette présence dans son oeuvre...» (Gerard Genette, «Discours du récit». In: *Figures III*, Paris, Seuil, 1972, p. 264).

3. Nos referimos a la segunda función del narrador que establece Gerard Genette («Discours du récit», op. cit., pp. 225-268).

4. Ya lo ha anunciado anteriormente: «aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona... (Historia verdadera, XXXVI, 59).

bordinación de una cualidad a la otra está asimismo reflejada en la estructura, cuyo segundo núcleo (que revela la grandeza de espíritu de doña Marina) está subordinado al primer núcleo (donde se la muestra señora de vasallos).

PRIMER NÚCLEO

Bernal Díaz, como lo haría un juglar que se prepara a relatar un cuento en una plaza, anuncia lo que va a narrar («quiero decir lo de doña Marina») y, luego de esta brevísima introducción, entra de lleno en el asunto, sin permitir vacilación al auditorio («y es de esta manera»):

Que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenía otros pueblos sujetos a él, obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco; y murió el padre, quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y hubieron un hijo, y según pareció, queríanlo bien al hijo que habían habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cacicazgo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto. Y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés. (XXXVII, 61).

He aquí narrada, en menos de veinte líneas, la vida de doña Marina hasta que, al pasar a Cortés, ingresa en la historia occidental. La economía de recursos de Bernal Díaz para narrarla es grande y efectiva. Sirviéndose del resumen, el autor se concentra en la anécdota principal: cómo, al ser vendida por su madre, doña Marina perdió el cacicazgo que le correspondía y fue esclava hasta ser redimida por Cortés. Los personajes son caracterizados funcionalmente: de los padres sólo sabemos que eran señores de vasallos, del marido de la madre, que era mancebo. El narrador, como hemos visto, limita la introducción a llamadas de atención a los auditores y entra de frente en el factor que desencadena el conflicto: la muerte del padre y el nuevo matrimonio de la madre. Hasta este momento, el relato ha sido contado por un narrador no participante de los hechos, es decir, heterodiegético⁵ y los personajes y sus acciones han sido vistos desde afuera, a través de los ojos de un focalizador heterodiegético. Esta distancia, que confiere objetividad y autoridad al relato, se mantiene en el plano de la narración. Sin embargo, se produce un cambio en el punto de vista que permite un acercamiento entre lector y diégesis: el focalizador se introduce en la histo-

5. Nos servimos aquí de la clasificación de narradores que Gerard Genette ha establecido en «Discours du récit», op. cit., pp. 225-268.

ria y ve a los personajes desde dentro: así, sabemos que la madre y el nuevo esposo «queríanlo bien al hijo que habían habido», acuerdan de darle el cacicazgo y deshacerse de doña Marina, «porque en ello no hubiese estorbo», y lo hacen de noche «porque no fuese vista». El primer núcleo se cierra con un nuevo cambio de visión: los hechos son vistos y narrados desde afuera, lo cual produce un nuevo alejamiento entre lector y diégesis. La vida de esclavitud de Marina se resume en una línea: «los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés».

Las relaciones entre este primer núcleo y la historia de Moisés o, en general, el motivo del niño abandonado a su suerte en el bosque, pero al cual no comen las fieras, no son mera coincidencia. El autor ha elegido acuñar la historia de Marina sobre el molde bíblico, con el cual él mismo señala la semejanza:

...y esto me parece que quiere remedar lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto a Josef, que vinieron en su poder cuando lo del trigo. (XXXVI, 62).

Al modelo bíblico responde el tono y el ritmo del trozo: oraciones de estructura sintáctica similar se agrupan por medio del polisíndeton en una construcción paralela con intensidad pareja: comparémoslo sino con:

Y Abraham se levantó temprano de mañana, y ensilló su asno, y llevó consigo a dos de sus hombres y a Isaac su hijo, y juntó madera para la ofrenda y se levantó y se dirigió al lugar que Dios le había señalado...

Como buen relator que es, Bernal Díaz no puede evitar «ficcionalizar» los hechos de su historia al pasarlos por el tamiz de su arte narrativo. Parece empero que, en el caso de doña Marina, existen dudas sobre la base real de su historia. Miguel Ángel Menéndez⁶ presenta una interesante hipótesis sobre el pasado desconocido de doña Marina. Sólo sabemos de ella que era una esclava y, de lo que dicen fray Juan de Torquemada y fray Diego Durán sobre las rigurosas leyes que regían la esclavitud, se infiere que es poco factible que una niña fuera raptada o se perdiera y que fuera luego vendida como esclava⁷ en tierra extraña. Además, «el derecho consuetudinario entre los nahuas, no imponía a las hijas la obligación de suceder a sus padres en el mando del señorío, ni se les concedía de suyo».⁸ Lo que nos interesa señalar en el presente trabajo no es la falta

6. Miguel Ángel MENÉNDEZ: *Malitzin en un fuste, seis rostros y una sola máscara*, México, La Prensa, 1964.

7. Dice al respecto fray Diego Durán: «Estos esclavos no era gente extraña, ni forastera, ni habida en guerra, como algunos han opinado, sino naturales de los mismos pueblos... (*Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, México, Porrúa, 1984, tomo II, capítulo XXI, p. 182.

8. Miguel Ángel MENÉNDEZ, op. cit., p. 55.

de veracidad histórica de Bernal Díaz, sino observar como éste a través de la escritura inventa a doña Marina, acuñando una de las imágenes que de ella poseemos. Efectivamente, a través de un relato perfectamente hilvanado sobre un modelo bíblico, Bernal Díaz crea a doña Marina a su imagen y semejanza. Más aún, al dotarla de un pasado que responde a un molde cultural tradicional y ampliamente conocido, le da una identidad que la hace reconocible y le da existencia dentro de la cultura occidental. Que la versión de Bernal Díaz haya sido aceptada y repetida nos dice algo de sus dotes de narrador y de su poder de convencimiento, pero consideramos igualmente que el éxito de su historia se debe también a que ideológicamente proporciona al lector una historia que éste reconoce y valora dentro de su propia cultura. El segundo núcleo refuerza esta imagen bíblica de doña Marina que se ha insinuado en el primero.

b) SEGUNDO NÚCLEO

La breve vida de doña Marina ha finalizado, pero Bernal Díaz siente la necesidad de dar solvencia a la veracidad de su relato. Así, introduce un párrafo cuya función principal es la de proporcionarnos información que sólo un testigo de vista pudo poseer y de esta manera acreditar la veracidad de su narración:⁹

Y conocí a su madre y a su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre a su pueblo, porque el marido postero de la vieja ya era fallecido. Y después de vueltos cristianos se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro... (XXXVII, 61).

No contento con este despliegue de detalles, el autor-narrador trae a colación una anécdota relacionada con doña Marina, que, contrariamente a lo que nos ha narrado en el primer núcleo, sí presencié. No olvidemos que Bernal Díaz presenta su historia, no sólo como verdadera, sino como la más verdadera, reclamo de primacía que se basa en un concepto de verdad que pone el acento en lo visto y lo vivido.¹⁰ El autor, pues, nos ha prometido narrarnos aquello que vio y vivió¹¹ y por ello traslada prontamente el relato a aquello de lo que puede dar fiel testimonio:

9. Nos hemos ocupado de los problemas de acreditación de Bernal Díaz en nuestra tesis.

10. Víctor FRANKL: «La verdad de lo visto y lo vivido», In: *El Antojovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y el manierismo*, Madrid, Cultura Hispánica, 1963, pp. 82-101.

11. «...más lo que yo ví y me hallé en ello peleando, como buen testigo de visita yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra...» (Prólogo a la *Historia verdadera*, op. cit. p. xxxv).

...y ésto sólo muy bien, porque en el año de mil quinientos veinte y tres años, después de conquistado México y otras provincias, y se había alzado Cristóbal de Olid en las Hibueras, fué Cortés allí y paso por Guazacualco...

La afirmación del narrador, «y ésto sólo muy bien» subordina lo que va a narrar al cuento principal al ponerlo en la categoría de ejemplo de su calidad de testigo. La concretización temporal y espacial funciona como signo demarcativo de la escena que se abre a continuación y que conforma el segundo núcleo:

...Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia (...) y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre. Lázaro con otros caciques... (XXXVII, 62).

El narrador no sólo se introduce como testigo de la escena sino como testigo privilegiado que goza de la confianza de la protagonista: «Díaz había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia, y señora de vasallos...» (XXXVII, 62).

Entran en escena los personajes y asistimos, apuntalados por el narrador que focaliza a los personajes desde dentro, a la escena del recencuentro:

...Por manera que vino la madre y su hijo el hermano, y se conocieron, que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo de ella, que creyeron que los enviaba (a) hallar para matarlos, y lloraban... (XXXVII, 62).

Para comprender el discurso de doña Marina, que conforma el corazón del segundo núcleo, conviene recordar que la historia verdadera no sólo dialoga con otras obras, sino que establece batalla campal contra ellas. Refutar a Gómez (y a otros historiadores) es uno de los propósitos expresos del autor,¹² y por lo tanto la imagen que de doña Marina nos ofrece éste debe ser vista en contraposición con la que nos proporciona aquél. Así, al narrar el comienzo de la campaña de las Hibueras dice Gómara que:

Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho, culparon a Cortés, que lo consintió teniendo hijos en ella...¹³

versión a la cual Bernal Díaz opone la suya, en la cual, a través del comentario auctorial, avala la calidad moral de doña Marina:

12. «...porque se reprueben y den por ninguno los libros que sobre esta materia han escrito porque van muy viciosos y oscuros de la verdad...» (*Historia verdadera*, op. cit., I, 1).

13. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia de la conquista de México*, Caracas, Ayacucho, 1979, capítulo CLXXV, p. 270.

...y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala y México fue tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía (Cortés) siempre consigo. Y en aquella sazón y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo, en un pueblo que se decía Orizaba (..) y aquél (uno de los testigos) contaba el casamiento y no como lo dice el coronista Gómara... (XXXVII, 61-2).

concluyendo que,

«Esto es lo que pasó y no la relación que dieron a Gómara, y también dice otras cosas que dejo por alto». (XXXVII, 62).

Pero la verdadera refutación de Gómara se concentra en el discurso de doña Marina. Efectivamente, luego de las anagnórisis, nos parece oír, por única vez, su voz. Sin embargo, no es ella quien habla: en raras ocasiones el narrador de la Historia verdadera cede la palabra a los otros personajes y ésta no es una de ellas. Por otra parte, el discurso indirecto utilizado por Bernal Díaz es profundamente mimético y es ésto lo que crea la ilusión de cercanía entre lector y personaje:

Y como así los vio llorar la doña Marina, les consoló y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que hacían, y se los perdonaba, y les dio muchas joyas de oro y ropa, y que se volviesen a su pueblo; y que Dios la había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido, y a Cortés que cuanto en el mundo hay... (XXXVII, 62).

Las palabras de doña Marina tal vez sorprendan en el siglo XX, pero no vemos en ellas falta de coherencia: Cortés era, después de todo, casado, y entregarla en matrimonio a un hidalgo español era la única manera de proporcionarle una cierta seguridad para el futuro. Lo que deseamos destacar es cómo Bernal Díaz se sirve del discurso de doña Marina para sellar la imagen que ha elegido darnos de ella.

El discurso de doña Marina se opone a la versión que de ella da Gómara: por una parte, porque sus propias palabras afirman que su situación no podría ser mejor, por otra, porque la actitud de aceptación que revelan la colocan en una alta posición como mujer dentro de nuestra cultura. Analicemos su discurso más de cerca. El perdón de su madre y su padrastro, cuya expresión nos recuerda claramente al Evangelio («que no supieron lo que hacían»), demuestra su bondad y generosidad de espíritu. Estas virtudes naturales han encontrado su canalización en la doctrina cristiana: doña Marina ha puesto su vida en manos de

Dios y le agradece expresamente por haberla puesto en la situación de madre, de esposa y de cristiana en que se halla. Doña Marina acepta, y al aceptar que la voluntad de Dios se haga en ella y tener en más valía el servicio a su esposo y al padre de su hijo que todas las riquezas, se consagra como paradigma de la mujer cristiana. Es decir, Bernal Díaz la consagra.

De la mujer que fuera lengua y madre de un hijo de Cortés, Bernal Díaz nos ofrece una visión paradigmática. Marina no es una mujer de carne y hueso sino un personaje monolítico, sin contradicciones y lejano. Sin embargo, lo que pierde en cercanía, lo gana en talla. De alta cuna (señora de vasallos) y grandeza de espíritu (perdona a su madre) es la encarnación de la costilla de Adán: digna y resignada, se encuentra un día con su destino (como cualquier personaje de Borges) al ser descubierta, inventada por un hombre. No tiene rostro, ni nombre, ni pasado. Marcada desde la cuna por el infortunio, sus años de esclavitud no son sino la espera de la llegada de aquél que la redimirá y hará que cambie su suerte. De él recibe un nombre, un hijo y un esposo que velará por ella. Bernal Díaz, por su parte, la crea a su imagen y semejanza: la dota de porte bíblico, de una voz magdalénica y de un pasado occidental. Y al inventarla así, la hace ingresar en la historia occidental muda y pétrea, un instrumento de la Providencia:

...doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco (...) fue gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían todas las cosas loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto porque sin ir doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México. (XXXVII, 62).

Bernal Díaz ha logrado pues un balance entre el interés que despierta la anécdota central y aquél que despierta el retrato moral del personaje. Este «cuento», con vida propia, está engarzado certeramente en la narración principal, dentro de la cual cumple una función temática y estructural al caracterizar a doña Marina, personaje principal en la intriga. Sirviéndose del modelo bíblico y del vaivén entre comentario auctorial y la voz reportada del personaje, el autor nos ha legado una imagen ejemplar de doña Marina como espejo de la mujer cristiana.